

CUESTIONES PRELIMINARES AL COMIENZO DE UN ANALISIS

Enrique Tenenbaum
Cuestiones Cruciales, abril de 2008

Un problema de matemáticas.

Un chico me pide ayuda, a los 9 años, porque no disponía de los elementos de lectura suficientes para avanzar y resolver un problema, dirigido a chicos de 13 años. Su razonamiento era pertinente a sus condiciones, entendidas como la relación de su historia a la estructura, en razón de su edad y experiencia.

He aquí el enunciado del problema:

*Dos padres y dos hijos salen a comer, piden tres milanesas
y comen una milanesa cada uno. ¿Cómo puede ser?*

La lógica rigurosa del niño consiste en intervenir sobre el objeto –se divide una milanesa de las cuatro, porque una de las milanesas era muy grande. Es muy interesante resaltar esa operación que recae sobre el objeto, a sabiendas de que hay allí una trampa, porque de ninguna manera la trampa podría considerarse –a esa edad- que se aloje en lo que a padres e hijos se refiere. La trampa está sospechada sobre lo que es del objeto, como lo quiere la figura del prestidigitador. La multiplicación de los panes y los peces se erige sobre este horizonte: si hay padres no puede faltar comida, tiene que haber una milanesa para cada uno, al menos en su medio social.

Sobre lo que el niño no puede trabajar es sobre la consideración de la buena o mala fe del Otro, ya que el campo del Otro está cargado de buenas intenciones –los padres son fuentes de toda fe y sabiduría. Tal es la fórmula freudiana cada vez que se refiere a las teorías sexuales infantiles, es decir a la adquisición de una lógica acerca de cómo funcionan –y se reproducen- las cosas.

Otro chico, el de doce años, tampoco resuelve el problema, pero en su desconcierto se dirige al enunciado primero: asegura que se trata de que hay cuatro personas y tres milanesas, *ergo: non liquet*. Confunde inmediatamente el enunciado con el referente: si son dos y dos, entonces son cuatro, como la canción: dos y dos son cuatro, cuatro y dos...

Y ¡justamente no! No se hace mención en el enunciado del problema a cuatro personas sino a dos padres y dos hijos. Para resolver el problema es necesario disponer de la posibilidad de distinguir entre el significante y la referencia, como entre el ser y el significante, y así entonces considerar que no hay cuatro personas, cuatro seres, sino en todo caso que hay significantes, que no son cuatro sino tres: *padre, hijo y dos*. Si nos inclinamos por el discurso corriente para el cual a cada significante le corresponde su significado remitido a la referencia, nos equivocamos pensando que se trata de cuatro personas. Pues no, se trata de tres significantes, *padre, hijo y dos*. Y del objeto en juego, por supuesto, la milanesa índice tres. Entonces tenemos: una milanesa para A, otra milanesa para el hijo de A, al que llamaremos B, y la tercera milanesa para el nieto de A, que también es hijo de B, al que llamaremos C.

Pues bien, hay dos padres, A y B. Y hay dos hijos, B y C. Como se ve, la dificultad para resolver el problema proviene de considerar que al nombrar “padre” se mienta un ser

y no un significante. El “ser” llamado B es a la vez hijo de A y padre de C, por lo tanto hay dos padres, dos hijos, y una boca para cada milanese.

La solución no requiere estrictamente un profundo abordaje ni matemático ni lógico, sino que requiere que esté instalado un aparato de lectura que discrimine entre el ser y el significante. Un mismo cuerpo puede soportar los significantes hijo y padre en relación a otros significantes: hijo en relación a padre, padre en relación a hijo.

También es necesario, para resolver el problema, que se pueda poner en entredicho la buena fe del Otro, es decir: que el enunciado no sea considerado como un enunciado libre de segundas intenciones, que no hay que suponer al Otro como un campo libre de todo goce. No hay enunciado puro sino en las fórmulas de letras, como se ve claramente – como contraejemplo- en el dilema lógico que dio lugar al nuevo sofisma lacaniano –el enunciado no parecerá engañoso mientras no se resuelva convenientemente el sofisma, pasando una o más veces por la estructura que el problema presenta. Esto, ciertamente, requiere de un desarrollo que no es la ocasión de efectuarlo, aunque sí de anunciarlo.

Varios problemas enunciados requieren de un paso – o de varios- por la estructura. En este caso se trata de que el enunciado del Otro, como cualquier enunciado, pueda recibir una lectura no ingenua, vale decir: que se sostenga como premisa la posibilidad, para cada enunciado, de permitir otra lectura que la del discurso corriente. En este caso, la dimensión del engaño que se desliza entre “dos y / más dos son / igual cuatro”, entre “dos y dos” y “dos más dos”. El sujeto habrá de estar advertido de este truco matemático, siempre que la resolución edípica haya precipitado el aparato de lectura correspondiente, esto es: que la x que habrá sido el niño para el caprichoso deseo materno sea factible de significar otra cosa en tanto que tal, lo que se llama falo, y que asegure el espesamiento de la barra saussureana entre significante y significado.

Podríamos decir que lo que impide la resolución del problema para el niño retenido en el arrullo materno es la captura en las canciones infantiles que no cesan de confundirlo: “dos y dos son cuatro...”, de donde “dos padres y dos hijos son cuatro estómagos hambrientos”. La conjunción no siempre es la suma. Pero eso sí es dicho, es dicho del padre¹.

Para que haya lectura es necesario suponer que para cada enunciado sea posible considerar otra escena en la que ese enunciado tenga un valor de enunciación, lo que Freud denomina *der Anderer Schauplatz*. Para poder leer es necesario que se disponga de dos textos, que pueden bien ser dos versiones de un texto –como cuando Freud pide que se le vuelva a contar el sueño. Si se considera que hay un texto único entonces no habrá lectura, habrá en todo caso certeza del conocimiento de la representación. Cuando se dispone de dos textos –e insisto que disponer de dos textos es una cuestión de estructura y no de oferta ni de evidencia: cada vez que escuchamos suponemos la otra escena en la que el texto será otro- podrá haber lectura.

Esos dos textos están hechos de significantes. Una vez establecido eso por la experiencia del sujeto respecto de su historia en la estructura, ya se sabe que se trata de una cuestión eminentemente lógica, que hace a las combinatorias posibles entre los significantes, en este caso *padre, hijo y dos*. A todas las combinaciones posibles.

Pero que se trata de eso a menudo se olvida. Si no, no entenderíamos por qué a un adulto inteligente y dispuesto se le hace imposible resolver el problema. Es decir que se trata no sólo de que el aparato de lectura esté consolidado, sino también que esté disponible, por caso que no caiga bajo los efectos de la censura –por la significación de los significantes en juego: padre, hijo, dos- o por la represión- la relación entre los significantes: no hay padre que no sea hijo, pero eso no siempre es recíproco.

La otra pata de esta mesa es que esta dimensión -que es lógicamente considerable, aquella de que se puede soportar ambos significantes a la vez, que se puede ser hijo y padre- también es factible de efectuarse en una situación de experiencia, que el niño no ha hecho en razón de su edad y posibilidades, y que no en cada caso se verificará, pero que hay que mencionarla, puesto que hace a la dimensión de la disponibilidad del cuerpo para la resolución del problema. En este sentido, a quien se le haya planteado la disyuntiva particular de quedar preocupado por la yuxtaposición de esos dos significantes, estará - respecto del problema- en situación privilegiada. No por la supuesta experiencia de paternidad, sino por el recorrido por los problemas de estructura que la doble remitencia de esos significantes acarrea.

Lacan decía que un padre no es analizable, y no es analizable porque padre no es un ser sino un significante. Lo que es analizable es un sujeto para el cual *padre* es un significante que lo representa. Un padre no es analizable por cuanto aquel que se presenta como *siendo padre* en seguida se pone a hablar como hijo, es decir: en tanto que sujeto.

El otro punto a considerar es que a la edad de estos chicos la ebullición pulsional se plantea en un cuerpo que se está modificando de tal modo que la posibilidad de engendrar una criatura resultará posible anticipadamente desde lo biológico, respecto de lo que no hay: no hay aparataje simbólico que pueda soportar la relación entre engendrar una criatura y quedar representado por el significante padre en relación a esa u otra criatura. El desencuentro del que Freud habla respecto de la pubertad les hace -a los púberes, sea cualquiera su edad- dificultoso abordar el problema correctamente, habida cuenta que la lectura de los enunciados con los que se pone a trabajar el problema planteado concierne al cuerpo. Efectivamente, el cuerpo interviene en la lectura, se lee no sin el cuerpo.

Las entrevistas

Para poder comenzar un análisis es necesario que quien así lo demanda y a quien éste se dirige dispongan de estos elementos del aparato de lectura.

Que estén a disposición del sujeto -del lado analizante de la práctica- implica que, aunque no en disposición inmediata, a causa como decía de la censura, de la represión o de la posición transferencial que se plantee, que estén en disposición de su eventual función. Que pueda disponer, como dice Lacan respecto de los emblemas del padre que se consolidan como identificaciones en el declinar del Complejo de Edipo, que pueda disponer de ellos para cuando la ocasión los reclame. Esto es algo de lo que se pone en juego en las entrevistas preliminares.

Se pone en juego que no es lo mismo el significante que el ser, que todo enunciado reclama una lectura contra otra escena, que se lee con el cuerpo, que las pulsiones están en juego en la lectura. Pero ¿acaso basta con que eso se ponga en juego para dar por concluidas las entrevistas y dar por comienzo el análisis? Por cierto que no. Eso no basta.

Es necesario que se produzca otro paso. Para dar cuenta de esto voy a proponer un ejercicio de lectura entre dos textos. El primero de ellos es aquel de Lacan de la *Proposición* que dice que “al comienzo del análisis está la transferencia”. Con ese texto se puede llegar muy lejos, por cierto, y por cierto que se puede llegar tan lejos que nos alejemos de la práctica analítica o del campo del análisis, porque también al inicio de la práctica médica está la transferencia.

O al comienzo de muchas otras prácticas, por ejemplo: llevo mi auto al taller mecánico al que lo llevó mi amigo, porque transfiero su resultado a mi confianza. Es un tipo de transferencia que podemos llamar imaginaria, y que está supuesta en toda demanda. Elijo la película que voy a ver en transferencia con el comentario del diario que suelo leer. Envío a mis chicos a tal colegio en transferencia con los hijos de mis amigos. Como se ve, esa es una dimensión imaginaria, histórica –por la identificación al deseo- de la transferencia. (Aclarando que la transferencia histórica no recubre la histerización del discurso)

Voy a proponerles que la frase de Lacan a la que hice referencia es una versión de aquella sentencia freudiana que dice más o menos así: que no hay que proceder a la interpretación antes del desarrollo de la transferenciaⁱⁱ.

Al plantear que son dos versiones de un solo texto, es que me propongo hacer una lectura. Esta lectura distinguirá entre lo que es *al principio*, entendiendo ese principio como lo dado –Lacan se refiere a esto en el *Seminario VIII*- y lo que es aquello de *al principio* en tanto que inaugura algo, como el acto inaugural de la transferencia situable –las más de las veces a posteriori- en cada análisis. Esa es la vía de Freud, que algo deba desarrollarse para que sea considerado como tal y factible de operar como tal, es decir: de intervenir sobre esa transferencia. Establecida fuertemente una transferencia así considerada –es decir: efectuada- puede darse por comenzado el análisis.

Cuando alguien llega a la consulta llega con alguna transferencia en juego, ya que es derivado por alguien, hay nombres en juego, una o varias llamadas telefónicas previas, una expectativa, quizás algunos pensamientos sobre lo que irá a decir, tal vez una serie de ideas o fantasías respecto de lo que ocurrirá, de lo que espera que ocurra, de lo que teme, de lo que no está dispuesto, de lo que pedirá, en fin: nadie llega a una primera entrevista sin una cantidad de disquisiciones previas que configuran una proto-transferencia, o una transferencia desplegada en términos imaginarios.

Pero que al comienzo del análisis esté la transferencia quiere decir que ha de producirse algo en más respecto de una transferencia dada, tal como yo lo entiendo. Quiere decir que se produzca un significante en la transferencia y que sea sancionado como tal: producido en el curso del hablar dirigido al proto-analista, y hallado por encuentro.

Se trata de una dimensión significativa: el significante de la transferencia. Es en relación a una escritura que Lacan lo propone.

Se trata de un significante cualquiera: una transferencia no se establece sobre todos los significantes, sino sobre uno cualquiera. La referencia es a Aristóteles en su consideración por la proposición particular. No habrá análisis todo, completo, ya que la transferencia se sostiene, en el inicio, de un significante, cualquiera. No es que luego no entren otros significantes en la transferencia, sino que esa transferencia se marca en el inicio por un único significante. Ese análisis podrá terminarse, pero no será completo porque está marcado de entrada por su incompletud.

Que ese significante sea cualquiera quiere decir que tiene que ser, forzosamente, uno. Y ese uno, cuestión decisiva: ese uno es ubicado como tal por el analista, porque con esa lectura se encuentra, no está dado de antemano, no se ha de buscar sumergiéndose en las cadenas del saber. De modo que ese significante –en una simplificación grosera- no coincide necesariamente con los significantes con los cuales el proto-analizante se dirige al analista en su demanda. No necesariamente el analizante se reconoce en ese significante, como lo enseña Juanito al ir a visitar a Freud varios años después de escrito el famoso historial: había leído el texto freudiano, y no reconocía como propio nada de lo que allí encontraba escrito.

Esta discordancia entre el significante de la transferencia –que representa a un sujeto para otros significantes- y los términos significantes con los que el analizante se presenta y resulta representado hace imposible considerar cualquier objetividad posible en lo que suele llamarse “dar cuenta de la clínica”. Otra manera de decir que no hay recubrimiento entre la persona del analizante y el sujeto de un análisis.

ⁱ ¿Convendría aplicar esta distinción a los equipos interdisciplinarios? No toda conjunción de recursos suma posibilidades de eficacia. No por nada la Junta Militar en los '70 prohibió la enseñanza de teoría de conjuntos.

ⁱⁱ En La iniciación del tratamiento: “...debemos retener nuestra primera comunicación hasta establecer una fuerte transferencia”